dricourt, no podían menos de conmover deliciosamente el corazón de la joven esposa, y disponerla á maravilla para otros sacrificios.

Salió, pues, de su retiro, aceptó invitaciones, se la vió más frecuentemente en los teatros en invierno y en las carreras en estío, y no opuso, en fin, resistencia á la vida corriente del mundo. El Vizconde, para animarla, hizo también por su parte esfuerzos generosos; modificó un poco sus costumbres, renunció á algunas distracciones personales, y frecuentó menos su círculo, para acompañar á su mujer á todas partes. Uniéronse otra vez las dos existencias; hubo, pues, en aquellos momentos en su unión una especie de nueva primavera, en sus relaciones una especie de gratitud mutua y de tierna y dulce alegría, que proporcionaron, sin duda, á la señora de Vaudricourt algunos de los días más dichosos de su vida.

II.

Sin embargo, la vida mundana en París es un terrible engranaje, del que es muy difícil librarse cuando una vez se ha dejado uno coger; la señora de Vaudricourt no tardó en sufrir la fatalidad de esa red en que las invitaciones resultan una de otra, en que las relaciones se multiplican como los placeres, y en que las ocasiones pululan extraordinariamente. No tardó en sentir, primero con enojo y luego con espanto, que no podía disponer de su libertad, de su tiempo, de su misma personalidad; que pertenecía al mundo, y no se pertenecía á sí misma.

Pero no fué esta, en medio de su nueva existencia, su sola aprensión y su única tristeza. Había penetrado de lleno en esa sociedad bulliciosa que ella misma se complace en llamarse *todo París,* y que se cree la más distinguida y escogida, porque no ve otra, no oye otra y no se habla de otra, y se habla demasiado de ella en puridad.

Lo que principalmente había de chocar á la joven Vizcondesa, que era por su cuna, por su corazón y por su educación una legítima francesa, era el carácter cosmopolita que parece invadir cada día más la sociedad parisiense. Es evidente, en efecto, la activa representación que en ella tiene el elemento extranjero. No puede negarse que hay gran número de extranjeros, y lo mismo de extranjeras, que son tan perfectamente amables como respetables, aun en Francia. Pero así como se ven ingleses que se presentan en nuestros teatros con trajes que les harían

ser expulsados de los de su país, lo mismo se ve que muchos extranjeros tratan á París como un lugar equívoco, donde se pueden permitir libertades que no se permiten en otra parte, y donde se pueden divertir sin los menores miramientos. Esta franqueza singular, esta excentricidad, esta mala forma, este desprecio de la opinión, son defectos que no tienen su origen en Francia, que no son franceses, pero que tienden á serlo por efecto de la constante importación.

Esta tendencia, tan caracterizada en nuestra época, y que altera cada vez más nuestras cualidades nacionales (Inglaterra, entre paréntesis, sabe guardarse mejor), esta tendencia no era el único lado del mundo de París que ofendía los instintos, las ideas y los sentimientos de Alieta. Á medida que avanzaba en ese mundo y le conocía de más cerca, sentíase fatigada hasta el fastidio, de la charla superficial, tan fácilmente ali-

mentada en la gran capital por las actualidades de cada día, y que parece rebajar todos los entendimientos al mismo nivel de banal mediocridad. Oía diez veces por día, en diez salones diferentes, la misma jerigonza, las mismas habladurías vacías de sentido, los mismos insoportables cuentos y chismes del *boulevard*, los mismos ligeros é imprudentes juicios, las mismas frases estúpidas, las mismas gracias tomadas de la farsa que se representaba en algún teatrillo, y algunas veces del lenguaje chabacano y grosero de los cafés-conciertos. Jamás algo nuevo, espontáneo, ingenioso, delicado y personal en esta fatigosa verbosidad.

Veía con un profundo estupor esta multitud mundana, únicamente ocupada en el movimiento y en el placer, como si estuviera acometida de una especie de baile de San Vito, que la arrastraba desde la cuna al sepulcro en torbellino epilép-

tico. Todo esto la recordaba aquella danza maldita de la Edad Media, aquellas gentes condenadas á danzar hasta la muerte en el cementerio de la iglesia que habían profanado. Y preguntábase con espanto qué podía quedar, en medio de semejante locura, para la vida de familia, para el hogar, para el estudio, para el cultivo de la inteligencia y la reconcentración del pensamiento en las regiones superiores; en fin, para el intervalo entre la vida y la muerte. Aterrábale pensar que ella misma podría sentirse arrastrada en este vertiginoso movimiento, como arrebatada por una ola irresistible, y no poder recobrar su libertad.

Más profundas repugnancias sentía ciertamente cuando, por casualidad, asistía á ciertas conversaciones que el rebajamiento del gusto y del sentido moral, favorecido por extrañas lecturas, ha puesto en moda en los salones; cuando oía, por ejemplo, á mujeres bien nacidas

hablar, como de cosa corriente entre ellas, ó acaso con los hombres, de curiosidades filosóficas, de depravaciones latentes, de desórdenes monstruosos

Y de vicios quizá ignorados en los infiernos.

Sus tristezas y sus repugnancias se exaltaban cuando oía decir que en Francia y fuera de Francia se juzgaba del tono y de las costumbres de la sociedad francesa por las manifestaciones de ese gran mundo parisiense artificial, bullicioso, confuso, cuyas fiestas y cuyos escándalos, y aventuras, y bizarros trajes hacen todos los días la delicia de los *reporters* y el regocijo burlón del público. En los días del siglo en que nos hallamos, y en el estado de los caracteres en Francia, en el momento en que una especie de perversión moral, por de pronto, desarrolla en las masas populares apetitos y codicias sin freno, la se-

ñora de Vaudricourt, sin ocuparse para nada en política, estaba aterrada de ver en la parte más visible de las clases superiores tan notable y descarada indiferencia y una preocupación tan exclusiva de divertirse. Le parecía hallarse sobre la cubierta de un buque perdido, donde los oficiales, en lugar de cumplir su deber, se emborrachan con la tripulación.

Y lo peor era que poco á poco sentía más perturbada su pobre alma inocente. Esta vida frívola, vana, soberbia y sensual, no es sana para nadie, y para una criatura tan noble y tan pura como Alieta era muy despreciable. En este mundo, tan diferente de su manera de ser, tan extraño y tan refractario á los pensamientos elevados de un orden ideal, Alieta llegaba casi á considerarse una persona excéntrica, á quien una educación excepcional había dejado fuera de la realidad. Su fe, evidentemente, no había sufrido menoscabo; pero á las veces le

parecía muy extraordinario ser, en medio de la multitud, la única de su especie. Era indudable, por ejemplo, que la religión, que para ella fué siempre y era tan esencial y tan principal, para la mayor parte de las personas del mundo en que vivía era sólo una especie de tradición de buen gusto y una costumbre de conveniencia, que, al salir de misa los domingos, se dejaba sobre los escalones del pórtico de la iglesia hasta el domingo siguiente, y en el intervalo nadie volvía á pensar en semejante cosa. En medio de una sociedad de locos, la razón más sólida se siente perturbada; y así, preguntábase Alieta con espanto si el escepticismo y la indiferencia de las gentes que la rodeaban no llegaría á contagiarla un día.

En tanto, su hija crecía, y la señora de Vaudricourt empezaba á temer por su hija al mismo tiempo que por sí misma. ¿Cómo podría educarla conforme se lo

dictaba su leal corazón, en un medio en que se respiraba una atmósfera, no sólo de incredulidad, sino de impudor? ¿En una ciudad donde se veían expuestos al público, hasta delante de las puertas de los colegios, y aun de las pensiones de niñas, libros con grabados que en otro tiempo se ocultaban en ciertas ínfimas librerías de Bruselas y de Ginebra? ¿Cómo preservar á la niña angelical de tan nocivos contactos, de tales funestas enseñanzas, de las frases equívocas de los salones y las antecámaras, de la perversidad de los unos y de la indiferencia moral de todos? Á fin de evitar, á lo menos, uno de estos peligros, Alieta había confiado su hija á los cuidados exclusivos de una antigua criada, Victoria Ginest, que la había criado á ella misma, y á la que había traído consigo de Varaville. Esta anciana Victoria, que era de la raza ya extinguida de los criados honrados, adictos á sus amos y regañones, llevaba todas

las tardes á Juana á pasear por el parque Monceau ó por los Campos Elíseos. Una tarde volvió de su paseo más exasperada que de ordinario contra las cosas de este mundo, y á fe que á la pobre no le faltaba razón. Contó á su señora que una de las niñitas que jugaban con Juana había dicho delante de ésta, dirigiéndose á una amiguita un poco más grande, y señalando á una señora que pasaba en coche:

—Mira, mira; esa es una *cocotte*.

—¿Cómo lo sabes?—le preguntó la amiguita.

—¡Toma! Lo sé (contestó la arriscada niña), porque es la querida de mi papá.

Incidentes de este género, que, como es sabido, se repiten frecuentemente en París, no eran los más oportunos para calmar las inquietudes maternales de la señora de Vaudricourt.

¡Si aun, en medio de tan amargos cuidados, hubiera tenido el consuelo de

influir algo sobre el carácter de su marido, de ver en él la más leve variación, la más ligera evolución en el sentido que deseaba!.... Pero todo menos eso; sus sacrificios eran estériles; le veía siempre igualmente firme, resuelto siempre en sus negaciones desconsoladoras y su tranquila filosofía escéptica. No se le ocultaba, ciertamente, el rebajamiento social que tanto impresionaba á Alieta; no aprobaba los desórdenes en manera alguna, y no desconocía tampoco los peligros. Pero si veía el mal, no llegaba á distinguir el remedio; se vivía en un período de decadencia ó de transformación, y, en uno y en otro caso, era inútil luchar contra la fatalidad de las cosas. Esta no era, como es sabido, la opinión de Alieta, y aprovechando la más íntima familiaridad establecida entre su marido y ella, no temía ya sostener algunas controversias con el Vizconde sobre tan delicadas materias. Pero á él no le agra-

daban, y hasta se mostraba algunas veces agrio é irritado, como un hombre que teme el proselitismo en su casa y que está resuelto á no tolerarlo.

Un día, habiendo recaído la conversación sobre el estado moral de las clases populares, con las que las costumbres caritativas de Alieta la ponían frecuentemente en contacto, la joven y digna esposa se permitió decir que, desgraciadamente, esas clases recibían de arriba las lecciones y los ejemplos de materialismo.

—Tienes muchísima razón (contestó Bernardo); y no sé verdaderamente adónde vamos á parar por este camino, ni qué terribles sucesos nos esperan; pero como no se puede remediar, lo mejor es no pensar en ello.

—Como Luís XV, ¿no es verdad? (repuso Alieta.) Pero, dime, amigo mío: ¿estás bien seguro de que no se puede remediar? ¿No crees que la abolición de

toda creencia religiosa, de toda esperanza más allá de la vida, de toda fe en Dios, entran por mucho en esta ansia furiosa, insaciable y exclusiva de goces inmediatos, que á ti mismo te alarma?....

—Estoy persuadido de eso mismo. Pero, ¿y qué? ¿Qué deducciones pretendes sacar de ello? ¿Tengo yo la culpa de que la tierra dé vueltas? ¿Soy yo responsable de que la incredulidad reine de arriba abajo y todo lo invada? ¿Pretendes convencerme de que yo debo dar ejemplo al pueblo? ¿Y el ejemplo de qué, puesto que yo tampoco creo en nada?.... ¿Acaso el ejemplo de la hipocresía y el sacrilegio?

Alieta palideció, y no respondió nada.

—Querida mía (continuó el Vizconde con dureza); te empeñas en un imposible. Tú eres una cristiana de hecho en una sociedad que no lo es más que de nombre.... Tú no puedes, por más esfuerzos que hagas, reformar nuestro siglo.... No puedes hacer del París del siglo XIX

un *Port-Royal-des-Champs*, donde tú serías la madre Angélica.... Renuncia, pues, por caridad....; y, sobre todo, te lo suplico, renuncia á convertirme á tus creencias. Esta manía de mi conversión no te deja vivir, y, francamente, me intriga y molesta un poco...., porque la siento en todas tus palabras como en todas tus acciones.... Creía haberme explicado antes de nuestro enlace bastante categóricamente sobre este punto, y tu tío el Obispo lo sabe mejor que nadie.... He hecho en conciencia todo lo que podía hacer un hombre para que tú no conservaras ninguna esperanza quimérica, para evitarte esta decepción que hallas en el fondo de todos tus dolores, y que es realmente, si quieres ser franca conmigo, tu único dolor. Renuncia, pues, de una vez á ese sueño....; no piénses más en ello...., y verás qué consuelo tan grande encuentran nuestras dos miserables existencias.

Alieta, muda, le miraba con ojos húmedos y suplicantes, con la mayor angustia.

El Vizconde sintió los impulsos de su natural bondad, y sentóse cerca de ella.

—Vamos, querida mía (le dijo con dulzura); he hecho mal.... En materia de conversión, no hay que desesperar jamás de nada ni de nadie. Acuérdate de M. Rancé. ¿No era de tu tiempo preferido ese M. Rancé?.... Pues bien: antes de ser el reformador de la Trapa, había sido, como yo, un gran mundano y un gran escéptico....; lo que entonces se llamaba un libertino.... Sin embargo, se hizo un santo.... Es verdad que tuvo para esto terribles razones. ¿Sabes tú en qué ocasión se convirtió?....

Alieta contestó, con un movimiento de cabeza, que no lo sabía.

—Volvió á París después de una ausencia de algunos días....; corrió á casa de una dama á quien amaba, Mad. de

Montbazon, si no estoy equivocado; subió una escalerilla excusada, cuya llave tenía en su poder, y lo primero que vió sobre una mesa, en medio de la habitación, fué la cabeza de su amada, cuya autopsia empezaban á hacer los médicos.

—Si estuviera segura (dijo Alieta) de que mi cabeza tendría la misma virtud, desearía la muerte.

Pronunció esta frase en voz baja, pero con un acento de tan ardiente sinceridad, que su marido, impresionado, sintió una especie de doloroso malestar. Sonrió, sin embargo, y acariciándola, contestó:

—¡Qué locura! Una cabeza tan hermosa como la tuya, no necesita estar muerta para hacer milagros.

III.

En estos mismos términos vivían seis años después de su matrimonio. Alieta continuaba maquinalmente ostentando, en un mundo que detestaba y que no la amaba, su tristeza altiva y su salud fatigada; Bernardo siempre poseído de una secreta cólera y una secreta piedad, y ambos igualmente desgraciados.

Todos los años, en la primavera, mientras llega la fecha fatídica del *gran premio*, el mundo parisiense se complace en adelantar un poco la vida libre del cam-